

SOBRE EL VOTO EN BLANCO

Luis Capilla

¿Por qué hay esos controles de calidad para los quesos, y no para los políticos?

Leoluca Orlando

Ex alcalde de Palermo

Escribe Cambó en sus *Memorias* que, al enterarse del golpe de Primo de Rivera, el hecho no le sorprendió, porque la experiencia le había enseñado que

cuando los hombres más ponderados sienten irritación contra un Gobierno, encuentran bien, de momento, cualquier otro que venga a sustituirlo, aunque la sustitución se haga saltando por encima de la legalidad y creando una situación de la que es difícil salir.

Pues hay, en la España de hoy, muchos «hombres ponderados» a los que causa malestar la evidencia de un *deterioro político extendido*.

Este deterioro abarca numerosos aspectos. Vamos a destacar algunos:

a) Absentismo de los hombres públicos

Hay algunos parlamentarios, los menos, que se esfuerzan con ahínco en su actividad política, pero se desalientan ante el absentismo de otros muchos, que debieran sentirse humillados sólo por el hecho de que sea preciso recurrir a las multas para impedir que dejen de asistir a las responsabilidades para las que fueron elegidos y en cuyo ejercicio deberían sentirse satisfechos y honrados.

Los escaños vacíos del Congreso de los Diputados son ya una habitual imagen que desprestigia a una institución fundamental, por cuya reforma se lleva años clamando desde muchos sectores de opinión, y que nadie parece ser capaz de plantear.

b) La falta de sensibilidad social

Que fue manifestada a bombo y platillo cuando el partido del gobierno estaba en la oposición —nos referimos a los *damnificados de la colza*— y que ahora mantienen obcecadamente con un altanero desdén burocrático. Y esto unido a la soberbia actitud manifestada al asignar más de 450.000 millones de pts. a un tren de alta velocidad de cuya necesidad apenas nadie había tenido la menor noticia. Pues bien, la última noticia aparecida en los periódicos dice que se invirtieron 3.000 millones de pts. en unir por medio del AVE la estación de Sevilla, Santa Justa, con la Expo... No se percataron que muy cerca del soberbio recinto estaba —y allí sigue— el barrio de chabolas del «Basi»...

c) Insensibilidad política

No hace mucho tiempo ha dimitido un ministro británico. En Alemania, en nueve meses han dimitido cinco ministros. Y el último ha sido nada menos que el ministro de Economía, el liberal Jürgen Möllemann, y así rezaban los titulares periodísticos: «El ministro de Economía alemán dimite por un caso de tráfico de influencias». Cuando anunció (3 de enero de 1993) su esperada dimisión, reconoció que no era cierta su primera versión sobre el origen de las cartas de recomendación firmadas por él que un primo de su mujer envió a varias cadenas de supermercados para promocionar los productos de la empresa Blanko».

El ministro explicó que había dado su apoyo a dicha empresa porque el producto de la misma iba a ser fabricado por trabajadores minusválidos.

En Italia, el escándalo de las comisiones ilegales se ha cobrado ya seis suicidios. El último ha sido el del arquitecto Spallarosa, que escribió: «Estoy humillado por mis errores. Os pido perdón por lo que he hecho».

Fuera, los hombres públicos dimiten y hasta, lamentablemente, se suicidan. En España los gobernantes dicen que tenemos que dimitir nosotros, los ciudadanos.

Nuestra cultura política está amasada por un período histórico que empieza en una guerra civil seguida de cuarenta años de dictadura, donde los hombres no son ciudadanos sino súbditos. Y este período acabó, como todos sabemos, en una transición sin ruptura.

En España votamos como en las demás democracias, pero no hemos caído en la cuenta de que «la democracia no es el reinado del número sino del derecho». Y éste —el derecho— lo tenemos torcido.

Las preguntas que un general (Alberto Piris) se hacía hace unas días son para considerarlas:

¿Ha desaparecido todo referente ético o moral y sólo se utiliza la vara de medir del beneficio económico para adoptar decisiones políticas? ¿Habrá que convivir perpetuamente con la corrupción política?

d) Insensibilidad económica

Una compleja trama de negocios comunes une a los *hombres del maletín*, encargados de cobrar a las constructoras las comisiones ilegales que van a parar a las arcas de los partidos políticos. Y así a Jorge Ollero le detuvieron en su coche cuando llevaba un maletín con 22 millones de pts. que, presumatamente, había recibido en Madrid como comisión de manos de Pedro Llach quien, a su vez, los habría obtenido de la empresa Ocisa. (El presidente de Ocisa, que a su vez era presidente de la Patronal de la Construcción, tuvo que dimitir)

En muchos de los negocios de las comisiones ilegales que han ido a parar a la caja de los partidos, Gustavo Durán ha sido el centro de la trama. Pues si Juan Guerra actuaba como mensajero del PSOE y Rosendo Naseiro tenía excelentes relaciones con las constructoras que trabajaban en la órbita del Partido Popular, Gustavo Durán no ha tenido nunca reparo en relacionarse con cualquier partido. Protagonizó dos escándalos de soborno a políticos y en uno de ellos fue condenado: intentó comprar por 100 millones de pts. el voto de un diputado de Izquierda

Unida en la Asamblea de Madrid, Miguel Angel Olmos, para que pudiera triunfar la moción de censura que pretendía desbarcar a Joaquín Leguina, etc., etc.

Pero lo incomprensible ha sido la toma de posición de Felipe González con ocasión de los diversos actos de homenaje, despedida y desagravio que se han tributado al que fue todopoderoso Gobernador del Banco de España, Mariano Rubio.

Dos cosas ha dicho Felipe González: a) que la *honestidad* del ex-gobernador está fuera de toda duda, y b) que gracias a su gestión se ha producido una gran modernización del sistema financiero.

Pero lo cierto es que el Gobernador cesante ha tratado de llevarse por delante a Banesto para consumar su *vendetta* personal. Y Alfonso Escámez ha tenido que reconocer ante el juez que fue el Ministerio de Industria que le pidió que condonara una deuda de 1.500 millones de pts. en beneficio del anterior subsecretario del Departamento (asunto Macosa); y no ha logrado evitar que la acción popular pudiera aportar elocuentes vínculos circunstanciales entre los pagos realizados a Filesa por el BBV de Sánchez Asiañ y Pedro de Toledo y la adjudicación a la entidad de la succulenta gestión de los depósitos de todos los juzgados de España; ni mucho menos aún, que toda la cúpula del eficiente Banco de Santander, con los admirados Emilio Botín y Rodrigo Echenique al frente, sea colocada en la picota pública de los «indicios de criminalidad» por el Juzgado de Delitos Monetarios.

La herencia de Mariano Rubio revela, por el contrario, que las actividades de la gran banca y sus relaciones con el poder han venido discurriendo en un contexto de inseguridad jurídica, amoralidad, chapuza y compadreos impropios de una democracia desarrollada.

En el origen de todo ello está el pacto no escrito que el felipismo suscribe con la oligarquía financiera del franquismo, a la que en el momento de su llegada al poder todavía encuentra encaramada sobre el puente de mando de los «siete grandes».

Una vez efectuada la exhibición de fuerza, el gran escarmiento que supuso el caso Rumasa —carnaza para el pueblo—, el Gobierno dejó claro que cualquier veleidad nacionalizadora quedaba archivada en el baúl de los recuerdos programáticos.

Es difícil diagnosticar quién creía estar corrompiendo más a quién, pero el caso es que, tanto en la «era Boyer» como en la «etapa Solchaga», el sedicente Gobierno socialista y la gran banca forman uno de los más inesperados y estables matrimonios de conveniencia de nuestra historia contemporánea.

e) Corrupción

En la época del régimen anterior, que nadie se llame a engaño, la corrupción era amplia y profunda, aunque poco conocida a causa del control que se ejercía sobre los medios de comunicación, pero no se esperaba que la única diferencia observable al pasar a vivir a un régimen democrático fuera el hecho de que en éste, por lo menos, se publican, ahora, noticias sobre ella. Se esperaba que hubiese disminuido sensiblemente, o que casi hubiese desaparecido del todo. Ya sabemos por Mounier que «vivir es elegir entre impurezas».

Pero el clientelismo, los enchufes, los abusos de los medios y ventajas que los cargos otorgan, la prepotencia que produce el aroma del poder a los que —por lo que se ve— no estaban preparados para ello, son del dominio público. Y todo esto genera una irritación, unida con una sensación de impotencia en el hombre de la calle.

Desde la primera y arrebatadora ilusión democrática a comienzos de la transición, el pueblo español ha ido sintiendo un creciente desaliento. La democracia, trabajosamente elaborada, parece no funcionar como se esperaba. Y, por otro lado, el cambio, tan ansiado hace diez años como vanamente esperado desde entonces, no se ha producido.

En todo caso, han cambiado quienes del poder, o de sus contactos con él, obtienen ventajas y beneficios personales.

Los ciudadanos han empezado a padecer las debilidades de la democracia representativa y empiezan a hacerse preguntas como las que siguen:

—¿A qué partido debo votar si quiero que se cumpla el programa electoral?

—¿Con qué medios eficaces contamos los ciudadanos para que los políticos cumplan sus programas?

—Y si no los cumplen, ¿por qué no dimiten, puesto que nos han engañado?

El acuerdo de Maastricht

Pero es que, además, ha aparecido en el horizonte político español la sombra de una incertidumbre que ha ensanchado nuestro pesimismo:

—¿Debió el Gobierno someter los acuerdos de Maastricht a referéndum? Porque dicho acuerdo supone una cesión de soberanía de los ciudadanos españoles en las decisiones políticas más importantes.

El Gobierno y el Parlamento, cuya única función debería ser administrar siempre la misma cantidad de representatividad que se ha delegado en ellos —pero ninguna más—, deberían consultar a los ciudadanos si están dispuestos a ceder esa parte de soberanía que les corresponde.

Por eso —en nombre de quién el Parlamento se atreve a votar un acuerdo tan trascendental, del que no se hacía mención en los programas electorales de los últimos comicios?

Peligrosa —dice un autor— esta Gran Europa que anula la figura del ciudadano. Pues la verdad es que, sin embargo, *el Gobierno, con el consentimiento tácito de la mayoría de los grupos parlamentarios* ha elegido como método de gobierno el **DESPOTISMO ILUSTRADO!**

Esa figura política, la del iluminado político, ha sido recuperada de un pasado histórico del cual pretendemos alejarnos, y la clase política, sirviéndose de las debilidades de la democracia representativa, dará a luz una Nueva Europa sobre el silencio de la voluntad de los ciudadanos, convertidos, no sólo en la ficción cinematográfica, en el «silencio de los corderos».

La opción del voto en blanco

Comprendemos que a los militantes de cualquier partido político les moleste la defensa de esta opción: votar en blanco.

Carlos Díaz, en *La política como justicia y pudor* nos dice: «He visto cómo hasta el Partido mismo en que mis buenos amigos canarios comenzaron trabajando, aquél sorprendente Partido con un ideario, una filosofía y una praxis personalista y comunitaria, ha cambiado hasta el extremo de que ni siquiera se llama como se llamaba, pero eso no sería evidentemente lo malo, pues lo peor es que la mutación de su nombre haya sido el resultado de una serie de pactos o alianzas morganáticos y antinaturales que han tenido que hacerse con vistas electorales para mantener el poder, rebajando de tal guisa los ideales primeros para sintonizar con un pueblo que por su parte ha rebajado también él sus propios ideales, y así sucesivamente en esa interminable historia de rebajas hacia el cero, como en una especie de ratificación de la entropía por las leyes políticas según las cuales la política tiende a la baja, hacia la baja política».

Y ahí tenemos, como otro botón de muestra, a Euzkadi Ezkerra fagocitado por el PSOE, los que juraron y perjuraron que nunca entrarían en él.

Y de estos partidos —sin duda de lo mejorcito que hay— podemos decir como el Cardenal Cassaroli cuando, siendo Secretario de Estado y, ante la conocida afirmación de que la diplomacia vaticana era la mejor del mundo, comentó: «Pues si ésta es la primera, habrá que ver cómo es la segunda».

Con la diferencia de que nosotros no tenemos que ver cómo son los otros partidos. Ya lo hemos visto. Y reiteradamente.

De acuerdo con los principios de la Constitución, los ciudadanos tienen el derecho a participar en los asuntos públicos, *directamente* o por medio de representantes, libremente elegidos en elecciones periódicas por sufragio universal.

Las opciones son tres:

- a) dar el voto de confianza a una lista de personas;
- b) votar en blanco;
- c) abstenerse y no participar.

En el primer caso se delega la cuota de soberanía popular que cada uno tenemos, que cada ciudadano tiene, en otros. Es un acto de delegación política expresa que legitima al elegido para que nos represente en las instancias políticas.

En el segundo caso... si el voto no se formula a favor de nadie, es decir, *en blanco*, se traduce en una *desconfianza hacia la clase política*.

En el tercer caso es un *rechazo*, no a la clase política, sino al *sistema político*.

Analizando lo que ha ocurrido, lo que nos ha ocurrido en las elecciones anteriores, podemos afirmar a) que el sistema de *listas cerradas* que nos presentan los partidos políticos es una degradación en el proceso de participación política de los ciudadanos, mucho más cuando positivamente nos consta que muchos de los que van en las listas son personas socialmente degradadas.

b) Los representantes a los que elegimos *no están sujetos a mandato imperativo*. Es decir, una vez elegidos nada les une legalmente a su elector, y los ciudadanos no podemos pedirles explicaciones por su forma de actuar.

Ha habido ocasiones en que los pactos *contra natura* hechos por los partidos llevan a situaciones en que se utiliza nuestro voto para que precisamente gobiernen quienes no hemos deseado votar.

c) *Las promesas* que contienen los programas políticos de los diferentes partidos, con alguna excepción, son de un *mimetismo insultante para cualquier mente desarrollada*.

d) Los señores diputados, como hemos dicho en otro lugar, *no van al Parlamento y, cuando van, no «parlan». Sólo votan*. Eso sí, de muy diferentes maneras, unos con la mano, otros con el pie, etc. Podríamos en muchas ocasiones, por razón de la disciplina de partido, saludarles como en cierta ocasión saludó Nerón a los senadores romanos: «¡Oh alma de esclavos!».

Así acaba un artículo de González Ballesteros, catedrático de Derecho Constitucional de la Complutense:

Creo que estamos a tiempo de decirle a esa clase política que no nos gusta la forma en que utilizan nuestra soberanía popular, que es hora de modificar el sistema de representación democrática, y la única manera de expresarlo es votando en blanco, que vendría a ser, recordando el «voto de calidad» del Viejo Profesor, una «abstención de calidad».

El simple hecho de la abstención puede entenderse como un pasar del futuro común que, al menos éticamente, descalifica las críticas del que no participa en la construcción de la sociedad. Por eso nos parece acertado el juicio de Ana María Reula cuando afirma:

Quiero hacer constar aquí que si la abstención es una vergüenza para el electorado, el voto en blanco es una vergüenza para la clase política.

El más fuerte argumento para votar en blanco

«En el atardecer de la vida —nos han dicho— seremos juzgados acerca del amor».

Y el amor se manifiesta en hechos... «Porque *tuve hambre... y no me disteis de comer*» (ni el 0,7 que decía la pancarta).

Supongamos que los partidos políticos, renovados y regenerados, cumpliesen todas las condiciones de sensibilidad económica, social, política, cultural, etc. en el ámbito estatal, donde el derecho, por ejemplo, de un analfabeto a tener educación primaria está por encima del derecho de todos los universitarios a tener enseñanza superior; pues bien, si en esas circunstancias, de verdadera y auténtica «justicia social» en nuestro país, *no hay todavía una firme decisión política de luchar contra el hambre en el mundo*, entonces sería motivo, más que suficiente, para presionar por medio del *voto en blanco*, que es un VOTO DE PROTESTA ACTIVA (como la poesía es un arma cargada de futuro) y por tanto de RADICAL RECHAZO A TODOS LOS PARTIDOS.

El primer gesto eficaz, al cual está obligado sea quien sea el partido que llegue al Gobierno, es entregar el 0,7 del PNB al Tercer Mundo, compromiso adquirido y no cumplido hace más de veinte años, en los foros internacionales, por España.¹

Hay que tener en cuenta que en el año 92 sólo se dio el 0,23% y que en este año lo presupuestado es el 0,24%.

La razón es que —aunque no les robásemos, que sí que lo hacemos por el intercambio comercial, la técnica y los instrumentos financieros— *el derecho de sobrevivir* de cualquier hombre, de cualquier lugar del mundo, está por encima de cualquier derecho que no sea necesario para nuestra supervivencia.

Aquí la moral no es nada ambigua, porque el principio ético por el que todos los seres humanos nos tenemos que regir es el siguiente:

«EN EXTREMA NECESIDAD TODOS LOS BIENES SON COMUNES»

No tiene sentido el grito mezquino y miope del «*¡Arriba España!*» solo, pero lo sigue teniendo —a pesar de su derrota— la estrofa de la Internacional:

**«*¡Arriba los pobres del mundo!*
¡En pie, famélica legión!»**

Y nosotros debemos seguir siendo gente enamorada de causas perdidas.

Luis Capilla.

Acción Cultural Cristiana.

1. El compromiso ha sido renovado en Brasil por Felipe González... diciendo que llegarían al 0,7, nada menos que para el año 2000!